

FUNDACIÓN MAPFRE

La bicicleta crecedera de Óscar

Alfredo Gómez Cerdá

Ilustraciones de Teresa Novoa

Instituto de
Seguridad Vial



La bicicleta crecedera
de Óscar

ALFREDO GÓMEZ CERDÁ nació en Madrid. La literatura siempre ha sido el eje fundamental de su vida. Con once años empezó a descubrir que un libro podía ser un espejo, donde verse reflejado, y una ventana, por la que mirar al mundo. Entonces empezó a soñar con ser escritor. Ha pasado ampliamente del centenar de libros, la mayoría para niños y jóvenes, por los que ha recibido importantes reconocimientos, como el Premio Nacional. Ha sido publicado en más de veinte países. A pesar de eso, tiene claro que aún le queda por escribir lo más importante.

TERESA NOVOA nació en Madrid. Desde que puede recordar dibuja y lleva mucho tiempo viviendo de sus ilustraciones. También escribe cuentos de vez en cuando y últimamente hace dibujos para camisetas. Ha publicado libros en España, Francia, Alemania, México, Argentina, Colombia, Chile, Bolivia, Japón, Corea y China.

El programa Educación Vial en el Aula es una iniciativa del Instituto de Seguridad Vial de FUNDACIÓN MAPFRE para fomentar las buenas prácticas viales en los centros docentes.

Dirección de proyecto: Instituto de Seguridad Vial de FUNDACIÓN MAPFRE

Coordinación: Instituto de Seguridad Vial de FUNDACIÓN MAPFRE

Edición y diseño didáctico: Diseño Comunicación

Diseño y maquetación: David Sueiro y Elena Fernández

© Del texto: Alfredo Gómez Cerdá

© De las ilustraciones: Teresa Novoa

© De esta edición: Instituto de Seguridad Vial de FUNDACIÓN MAPFRE

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

I.S.B.N.: 978-84-9844-441-4

Depósito legal: M-24.530-2013

LA BICICLETA CRECEDERA DE ÓSCAR

Alfredo Gómez Cerdá

Ilustraciones de
Teresa Novoa

FUNDACIÓN MAPFRE

**Instituto de
Seguridad Vial**

A Óscar le costaba dar pedales en aquella bicicleta tan grande. Sus padres se la habían comprado así, para que le durase más.

Con casi diez años, la que tenía se le había quedado pequeña.

—La heredaré Silvia cuando deje el triciclo —había comentado su madre.

Silvia no quería ni oír hablar de la bicicleta, pues en su triciclo se sentía feliz y segura. Eso de guardar el equilibrio



sobre dos ruedas le parecía muy complicado.

En la nueva, Óscar tenía que esforzarse para llegar a los pedales. Casi ni se podía sentar en el sillín, a pesar de que lo habían colocado en la posición más baja.

—El día menos pensado darás un estirón y te quedará perfecta —le decía su padre, como si la bici fuese una prenda de vestir.

Quedaba en el parque con sus amigos. Apoyaban las bicicletas contra un árbol y jugaban a la pelota en una expla-

nada atravesada por algunos surcos que había producido la lluvia.

—¡Ha sido gol!

—¡No ha sido!

Siempre estaban discutiendo. Como no tenían porterías era muy difícil saber si había sido gol o no.

—Ha pasado rozando el poste, pero por fuera.

—Lo rozó, pero por dentro.

El poste, claro, era imaginario.

Todos los niños y niñas de la misma edad jugaban juntos en el parque. Cuando se cansaban de la pelota, volvían a la



bicicleta; o bien, echaban a correr, o se iban un rato a los columpios.

Todos jugaban juntos en el parque, excepto Carlota, que últimamente se había distanciado un poco.

¡Y qué rabia le daba a Óscar que Carlota no quisiera jugar con ellos! ¡Con lo bien que lo pasaban juntos!

Carlota solía dar vueltas sola con su bici. Llevaba un cuaderno en la mano y, de vez en cuando, se paraba y anotaba algo.

—Es una engreída —decía Álvaro, que llevaba un corte de pelo a lo



punky, rapado por los laterales y con una pequeña cresta en el centro.

—¿Qué es una engreída? —preguntaba Lucas, que siempre parecía oculto tras sus gafas redondas, sujetas al cogote con una cinta elástica.

—Que es tonta —quería zanjar el tema Álvaro.

A Óscar le molestaban mucho los comentarios de Álvaro, pero como era un marimandón no se atrevía a contradecirlo. Menos mal que Nerea sí lo hacía.

—Pues a mí no me parece tonta —decía ella—. Y los que decís que es tonta es porque sois tontos.

Y mientras los amigos discutían, Óscar pensaba en ella.

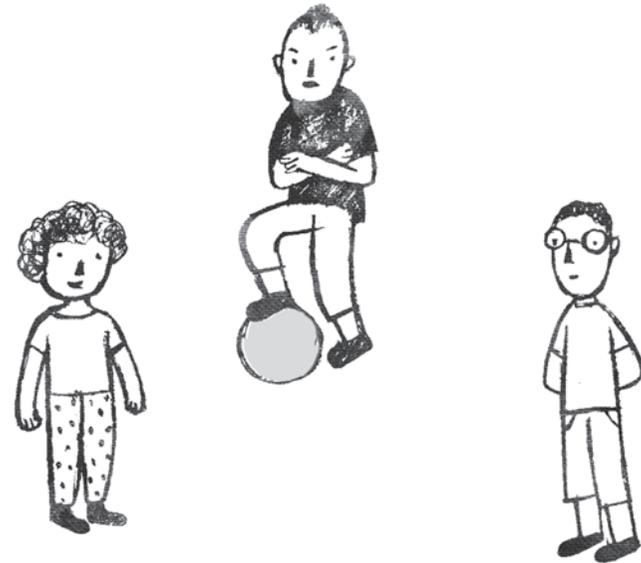
A Óscar, era evidente, le gustaba Carlota. Era tan alta, tan delgada, tan pizpireta, con el pelo tan largo, con esa forma de vestir tan distinta...

—Es una jipi, como su madre —añadía Álvaro, para reavivar la discusión.

—¿Qué es una jipi? —preguntaba Lucas.

—Pues... que es rara.

—A mí no me parece rara —Nerea volvía a salir en su defensa.



Y se enzarzaban en una nueva bronca. Y cuanto más discutían sobre Carlota, Óscar pensaba más en ella.

Un día, después de jugar un partido de fútbol con los amigos, la vio montando en bicicleta por el parque. Se acercó a ella. Tuvo que hacer un esfuerzo grande para alcanzarla. Pedaleaba de pie, como un escalador, pues sentado los pedales le quedaban demasiado lejos.

Cuando llegó a su lado, con la voz entrecortada por la fatiga, le preguntó:
—¿Puedo ir contigo?



—Bueno —Carlota se encogió de hombros.

Cuando llevaban unos minutos juntos, Óscar se atrevió a hacerle la pregunta que más le obsesionaba:

—¿Por qué no quieres jugar con nosotros?

—Tengo algo más importante que hacer —le respondió.

—¡Ah! —exclamó Óscar, sin saber qué decir.

—Y tú, ¿por qué llevas una bici tan grande?

—Pronto daré un estirón y me quedará perfecta —recordó las palabras de su padre.

—¡Ah! —exclamó ella, y se encogió de hombros.

Se detuvieron junto a una fuente que tenía el desagüe atascado, por lo que se había formado un charco alrededor.

—No sé si esto servirá —Carlota se quedó pensativa—. De todas formas,



lo anotaré en mi cuaderno, por si acaso.

Óscar no entendía nada, pero no perdía detalle.

Carlota reanudó la marcha y él se sintió un poco confundido. No sabía qué hacer.

—¿Puedo acompañarte? —se atrevió a preguntar al fin.

—Sí —respondió ella.

No sin esfuerzo, volvió a encaramarse en el sillín de su bicicleta y con la punta de sus zapatos comenzó a dar pedales. Circularon juntos por uno de los paseos más anchos del parque. Óscar no podía disimular su emoción.

Carlota se detuvo esta vez en la explanada donde solían jugar sus partidos de fútbol con porterías imaginarias. Él la imitó de inmediato, aunque tuvo que hacer equilibrios para no caerse.

—¿Qué ves? —le preguntó entonces Carlota.

—Una explanada vacía.

Carlota le hizo señas para que le siguiese. Enseguida, recogió del suelo una bolsa vacía de patatas fritas, un envase de yogur, tres envases aplastados de zumos de frutas, una bola de papel de aluminio y varias bolsas de plástico.

—¿Reconoces todo esto? —le preguntó antes de tirarlo a una papelerera.

Óscar tuvo que afirmar con su cabeza. Incluso, con disimulo, cogió del suelo el palito de un caramelo que él mismo había tirado.

Carlota sacó su cuaderno y volvió a escribir en él, aunque no dejaba de negar con la cabeza.

—Lo malo es que esto tampoco me sirve —hablaba para sí—. Atascar una fuente o llenar el parque de basura es un problema de civismo, no de educación vial.

Óscar seguía sin entender nada.



Volvieron a las bicicletas y reanudaron la marcha. Y fue entonces cuando Óscar se atrevió a hacerle la pregunta que no hacía más que darle vueltas por la cabeza.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que hacer y que te impide jugar con nosotros?

—Un barrio para moverse con seguridad —respondió Carlota.

—¿Un barrio para moverse con seguridad...? —volvió a preguntar Óscar, repitiendo sus palabras.

—¿No has oído hablar de *Un barrio para moverse con seguridad*?

—No.

Carlota negó con la cabeza, dando a entender que Óscar vivía en las nubes, sin enterarse de nada.

—Es el nombre de la campaña que ha hecho el ayuntamiento, dirigida a los niños. Hay carteles por todas partes.

—Ahora que lo dices...

Óscar recordaba vagamente haber visto algún cartel



con ese eslogan, pero no se había fijado demasiado.

—Los niños del barrio debemos hacer un estudio de la seguridad vial, ¿lo entiendes?

—Creo que sí.

—Algunos niños están haciendo ese estudio alrededor de los colegios; otros, alrededor del centro comercial; otros, alrededor del ambulatorio médico... Yo lo estoy haciendo alrededor del parque. Lo malo es que lo estoy haciendo sola.

La última queja de Carlota le hizo ver a Óscar el cielo abierto.

—¿Y por qué no nos lo has dicho?



—Porque os pasáis el tiempo jugando al fútbol.

—Yo te ayudaré.

—Si quieres...

Aunque aún no había comprendido muy bien en qué consistía aquella campaña del ayuntamiento llamada *Un barrio para moverse con seguridad*, Óscar

no deseaba otra cosa más que ayudar a Carlota.

—Y cuando acabemos con lo de la campaña, ¿volverás a jugar con nosotros? —Óscar se atrevió a hacerle la pregunta más importante.

—Sí.

Entonces Óscar tuvo una idea. Tenía que convencer a todos los amigos para que colaborasen. Así, acabarían antes y Carlota volvería a jugar con ellos, que era lo que más deseaba.

Se encontraron a la pandilla junto al estanque. Álvaro, asumiendo su papel



de marimandón, dio un paso adelante y se los quedó mirando.

Óscar se bajó de la bici con las dificultades de siempre y vio una bolsa de palomitas en el suelo. La recogió y la tiró a la papelera.

—Mira que sois guarros —les increpó, mirando de reajo a Carlota, buscando un gesto de asentimiento.

—¿Habéis venido a insultarnos? —preguntó Álvaro, adoptando el tono de los malos de las películas.

—Hemos venido a proponeros un juego —continuó Óscar, como si tal cosa.

—¿Qué juego?



Óscar se volvió a Carlota

—Explícaselo tú.

Carlota les explicó en qué consistía *Un barrio para moverse con seguridad*. Al final, como de costumbre, hubo discusión acalorada. Unos estaban a favor y otros en contra.

—¿Hay un premio para el ganador?
—preguntó de pronto Álvaro.

—El ganador será el barrio y, por tanto, nosotros, que vivimos en él.

A Óscar le maravillaban los razonamientos de Carlota y pensaba que esa chica llegaría muy lejos en la vida.

Finalmente, todos aceptaron colaborar en aquel juego, es decir, en aquella

campana del ayuntamiento para mejorar la seguridad vial.

En primer lugar contaron todos los pasos de peatones que había para acceder al parque. Solo dos estaban regulados por semáforo y les pareció que, además de ser insuficientes, duraba muy poco tiempo la señal verde para peatones, lo que obligaba a cruzarlos a toda prisa. Las personas mayores o con alguna dificultad apenas tenían tiempo de llegar de una acera a la otra.

Carlota lo anotaba en su cuaderno.



Por otro lado, descubrieron que algunas rayas de los pasos de cebra estaban casi borradas y dos señales que advertían de su presencia se encontraban tapadas por el follaje de los árboles.

Carlota también lo anotó.

Las calles que rodeaban el parque tenían un límite de velocidad de cuarenta kilómetros por hora. Varias señales lo indicaban, pero los niños se dieron cuenta de que muchos coches circulaban más rápido. No hacía falta tener un radar para darse cuenta.

—Badenes —dijo Álvaro, que ya se había metido por completo en el *juego*—. Hay que poner badenes.



Carlota escribió la palabra *badenes* en su cuaderno.

Casi sin darse cuenta, todos se habían implicado y escudriñaban hasta el último rincón en busca de algo que pudiera mejorar la movilidad vial de su barrio.

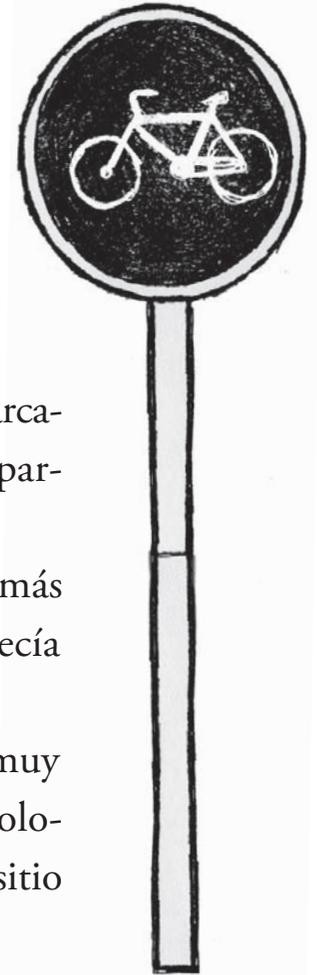
—¡Aquí! —gritó Nerea, y les señaló el carril bici que, antes de entrar en el parque, cruzaba una de las calles—. Falta la señal que avisa del carril bici a los coches.

Y Carlota, incansable, lo anotó en el cuaderno.

—Se me está ocurriendo una idea —dijo Óscar—. Siempre hay coches aparcados en doble fila. Para evitarlo, podrían cambiar los aparcamientos en línea por aparcamientos en batería.

—Así podrán aparcar más coches —a Nerea le parecía buena idea.

—Además, la calle es muy ancha —añadió Lucas, colocándose las gafas—. Hay sitio de sobra.





Y Carlota, por supuesto, también lo anotó.

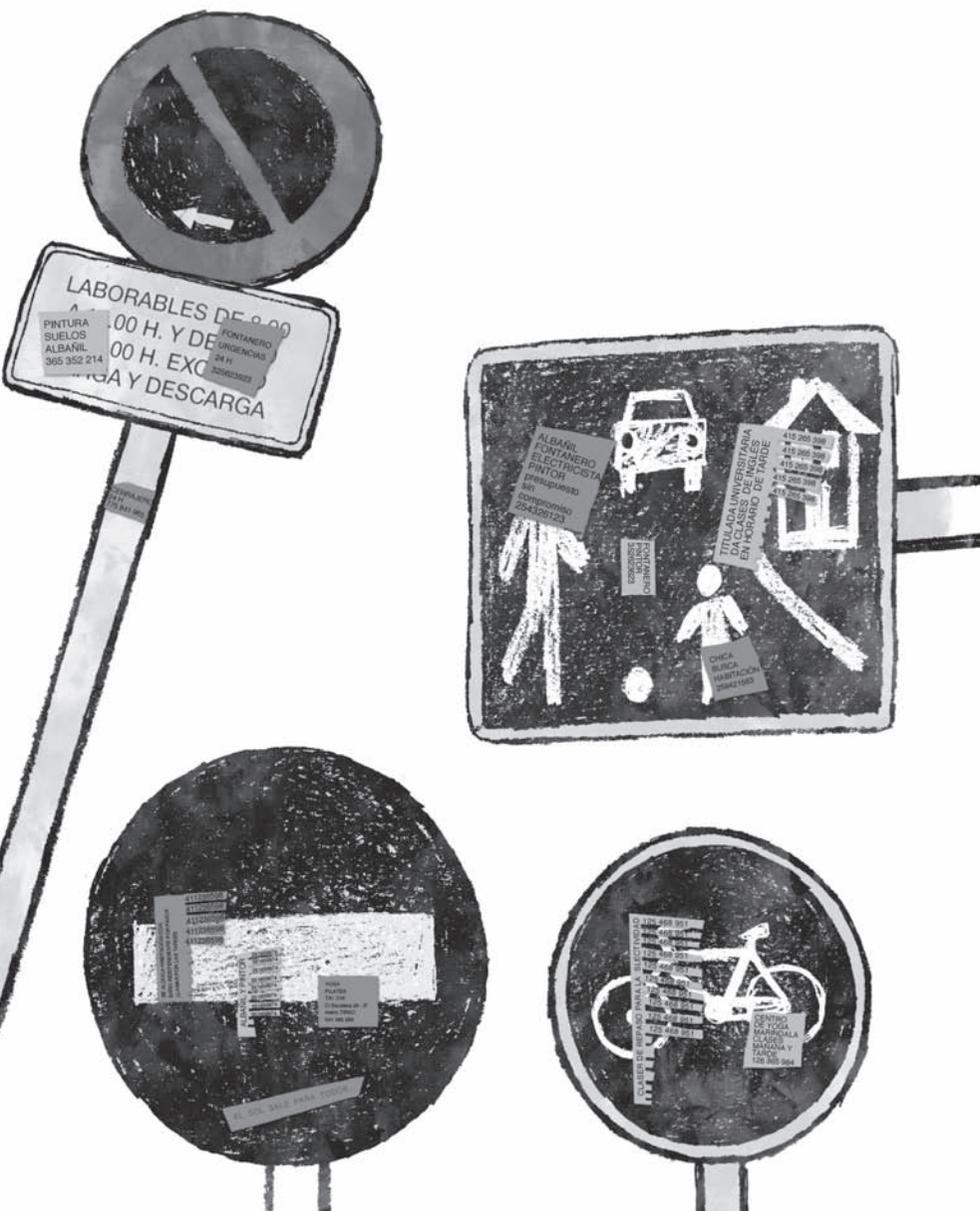
Se dieron cuenta de que en algunas esquinas no estaban los rótulos con el nombre de las calles. Eso, estaba claro, era un inconveniente para moverse con seguridad por el barrio, tanto para los coches como para los peatones.

Carlota no dejaba de escribir.

Algunas aceras estaban rebajadas en los cruces, para facilitar la movilidad a las personas que tenían que ir en silla de ruedas, o a los carritos de los bebés. Sin embargo, había algunos cruces donde las aceras no estaban rebajadas.

Carlota anotaba la dirección exacta de esos cruces.

Observaron, además, que muchas señales de tráfico estaban tapadas. Por ejemplo, sobre una señal de prohibido aparcar alguien había pegado un cartel en el que se leía: *Se vende piso de tres dormitorios. A estrenar. Precio económico.*



Sobre otra, que avisaba de la proximidad de un paso de peatones, había un montón de pegatinas anunciando diversas cosas: *Pizzas a gogó. Fontanero de urgencia. Clases particulares de inglés y de chino. Cuido niños, ancianos y perros.*

A Carlota le surgían algunas dudas.

—¿Por qué no lo apuntas en el cuaderno? —le preguntó Óscar.

—Porque tapar señales es un problema de civismo, no de seguridad vial —dijo.

—Sí, pero si esas señales no pueden verse, se crea un problema de movilidad —razonó Óscar.

Finalmente, Carlota lo anotó también en su cuaderno.

Descubrieron también una señal que prohibía a los coches girar a la izquierda. No hace falta haber ido a una autoescuela para darse cuenta del significado de esa señal. Lo malo era que alguien había pegado sobre ella una fotografía de gran tamaño de una perrita, bajo la que se leía un mensaje:

Se ha perdido «Pichí» por la zona. Si alguien la encuentra, por favor, que nos avise al teléfono Tal-tal-tal.

Óscar intentó quitar aquel cartel de la



señal, pero estaba demasiado alto. Entonces se le ocurrió una idea. Se volvió a Carlota y le dijo:

—Súbete sobre mis hombros. Yo te aguantaré. Así podremos quitar ese cartel de la señal.

Óscar era un niño fuerte y aguantó todo el peso de Carlota sobre sus hombros.



—¿Te peso mucho? —le preguntó ella.

—No.

—Mi madre dice que estoy flaca.

—Sí —y Óscar apretaba los dientes.

De este modo, Carlota pudo despegar aquel cartel. Pero como les daba pena de la perrita perdida, lo pegaron en el poste de una farola, por si alguien la encontraba.

Se sentaron en un banco y Carlota repasó su cuaderno. No pudo evitar un gesto de sorpresa. Entre todos, habían hecho el trabajo en muy poco tiempo.

De repente, una voz cercana les llamó la atención y se volvieron a la vez. Era la madre de Carlota, la jipi, como la llamaba Álvaro. Les sonrió y, dirigiéndose a su hija, dijo:

—Hora de regresar a casa.

Carlota se despidió de Óscar y del resto. Se acercó a su madre y le dijo:

—Hemos hecho el trabajo entre todos. Ya casi está terminado.

—¡Qué bien! —exclamó la madre—. Recuerda que siempre te he dicho que es importante trabajar en equipo.

—Juntos conseguiremos un barrio más seguro.





Se alejaron despacio. Llevaban la bicicleta sujeta entre las dos, cada una por un extremo del manillar. Tenían la misma forma de andar y su pelo, largo y suelto, era idéntico.

Óscar se sentía muy feliz, no solo por haber ayudado a Carlota con el trabajo,

sino porque ya no tendría excusa para no jugar con ellos.

Al día siguiente, por la tarde, los niños y niñas del barrio volvieron a encontrarse en el parque. Álvaro, para

no perder la costumbre, llevaba la voz cantante y, secundado por Lucas y algún otro chico, daba órdenes sin cesar:

—¡Ahora jugamos a esto! ¡Ahora jugamos a lo otro! ¡Ahora jugamos a lo de más allá!

—¿Y por qué no jugamos a otra cosa? —se atrevió a preguntar en una ocasión Nerea.

—¡Porque no! —la respuesta de Álvaro fue tajante.

Óscar se dio cuenta una vez más de que Álvaro era un marimandón. Y pensó que el mundo sería muy injusto si se llenase de marimandones.

Y mientras pensaba estas cosas, llegó Carlota. Sonrió al verla y su presencia le dio fuerzas. De pronto, alzando la voz, dijo:

—¡Hoy decidirá Carlota a qué jugamos!

—Tú estás mal de la cabeza —le replicó Álvaro en tono burlón, dedicándole un gesto despectivo.

Pero Óscar, con decisión, se volvió hacia él y, delante de sus narices, mirándole fijamente a los ojos, le gritó:

—¡Cállate, marimandón!

Álvaro no volvió a rechistar.

—Cada día le tocará a uno de nosotros elegir a qué jugamos —añadió

Óscar, para que quedasen claras sus intenciones.

Y esa tarde Carlota eligió el juego.

—Jugaremos al fútbol —dijo.

Óscar se quedó boquiabierto por aquella elección.

—Yo seré la capitana de un equipo y Óscar del otro.

Como capitanes, eligieron a sus jugadores. Carlota eligió en primer lugar a Álvaro y le puso de portero.

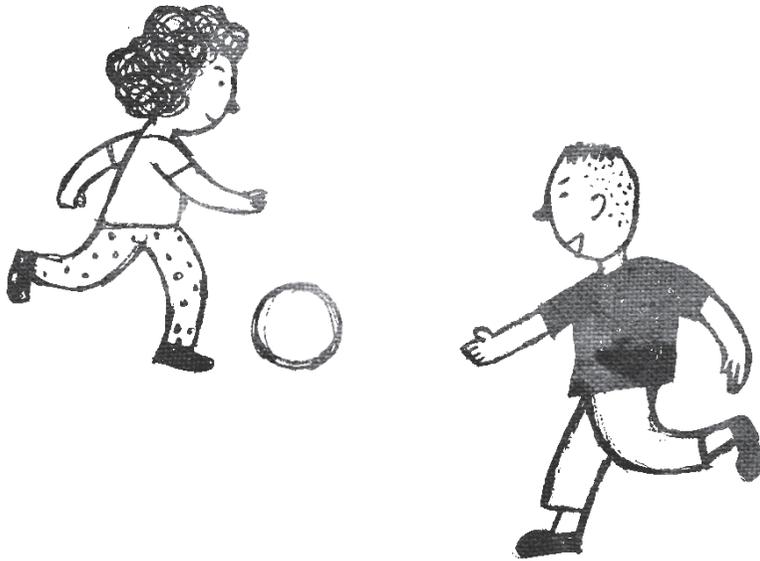
—Yo siempre juego de delantero centro —protestó Álvaro.

—Pero hoy soy yo la capitana, así que



jugarás de portero. Cuando te toque a ti ser capitán, podrás decidir.

Álvaro hizo unas paradas muy buenas, por lo que todos llegaron a la conclusión de que debía jugar siempre de portero. Bueno, todos menos él mismo.



El partido terminó con empate a cuatro, aunque alguno de los goles, por la ausencia de postes, fue dudoso. Carlota metió dos, uno de ellos de penalti.

—Me encanta el fútbol —reconoció ella al final.

—Ya lo he visto —le dijo Óscar—. Y eres muy buena. A mí no se me da tan bien.

—La próxima vez juega más por las bandas. Y no intentes regatear tanto, centra al primer toque.

No cabía duda de que Carlota era una experta.

Todos los niños que habían participado en el partido de fútbol iban a salir corriendo, en desbandada, pero un grito de Óscar los detuvo en seco.

—¡Se os olvida algo!

Los niños se miraron confundidos, sin saber a qué se refería Óscar.

Entonces él comenzó a señalar por distintos puntos de la explanada.

—Ese envase de yogur es tuyo, Nerea; ese *tetrabrik* de zumo es tuyo, Lucas; esa bolsa de plástico es tuya, Álvaro...

Todos los restos de la merienda fueron recogidos y arrojados a una papelería.

Carlota se acercó a Óscar y le dijo por lo bajo:

—Recuerda: eso es un problema de civismo, no de educación vial.

—Yo creo que el civismo y la educación vial no se pueden separar —le respondió Óscar en el mismo tono.

Carlota le miró y le sonrió, dándole a entender que estaba de acuerdo.

Cuando toda la explanada quedó limpia, los niños se dispusieron de nuevo a salir corriendo; pero otro grito de Óscar los detuvo.

—¡Y mañana le tocará a Lucas elegir el juego!

Lucas dio un respingo y se le iluminó

el rostro con una sonrisa. Sus gafas redondas parecían bailar en la punta de su nariz.

Después, Óscar acompañó a Carlota hasta el banco donde le esperaba su madre.

—¿Lo habéis pasado bien? —les preguntó ella.

El *sí* de Carlota coincidió con el *sí* de Óscar, o al revés.

La madre cerró el libro que estaba leyendo y se levantó del banco. Luego, echó a andar con su hija. Pero antes, se volvió a Óscar.

—Hasta mañana, Óscar —le dijo.

A él le agradó descubrir que la madre conocía su nombre.

Óscar las miró mientras se alejaban. Madre e hija se parecían mucho y, además, vestían con ropas que, aunque eran distintas, tenían un aire o un estilo similar.

«Sí, Álvaro tiene razón, son unas jipis —pensó—. Pero me gustan mucho.»

A continuación, Óscar se preguntó qué demonios significaría la palabra *jipi*. Lo buscaría en el diccionario al llegar a casa.



Enderezó la bicicleta y tuvo que hacer un esfuerzo para subirse a ella y comenzar a dar pedales.

¡A ver si daba pronto ese estirón y aquella bicicleta le quedaba por fin a la medida!

FUNDACIÓN MAPFRE

www.circulando.es
www.fundacionmapfre.org

A Óscar le costaba dar pedales en aquella bicicleta tan grande. Sus padres se la habían comprado así, para que le durase más.

En el parque con sus amigos, todos jugaban juntos, excepto Carlota, que últimamente se había distanciado un poco. ¡Y qué rabia le daba a Óscar que Carlota no quisiera jugar con ellos!

Un día, después de jugar un partido de fútbol con los amigos, la vio montando en bicicleta por el parque. Se acercó a ella. Cuando llevaban unos minutos juntos, Óscar se atrevió a hacerle la pregunta que más le obsesionaba:



—¿Por qué no quieres jugar con nosotros?
—Tengo algo más importante que hacer —le respondió.

de 9 a 11 años

